

La novela proletaria

**¡Pero mató
a un burgués!**



Alfonso Martínez Carrasco

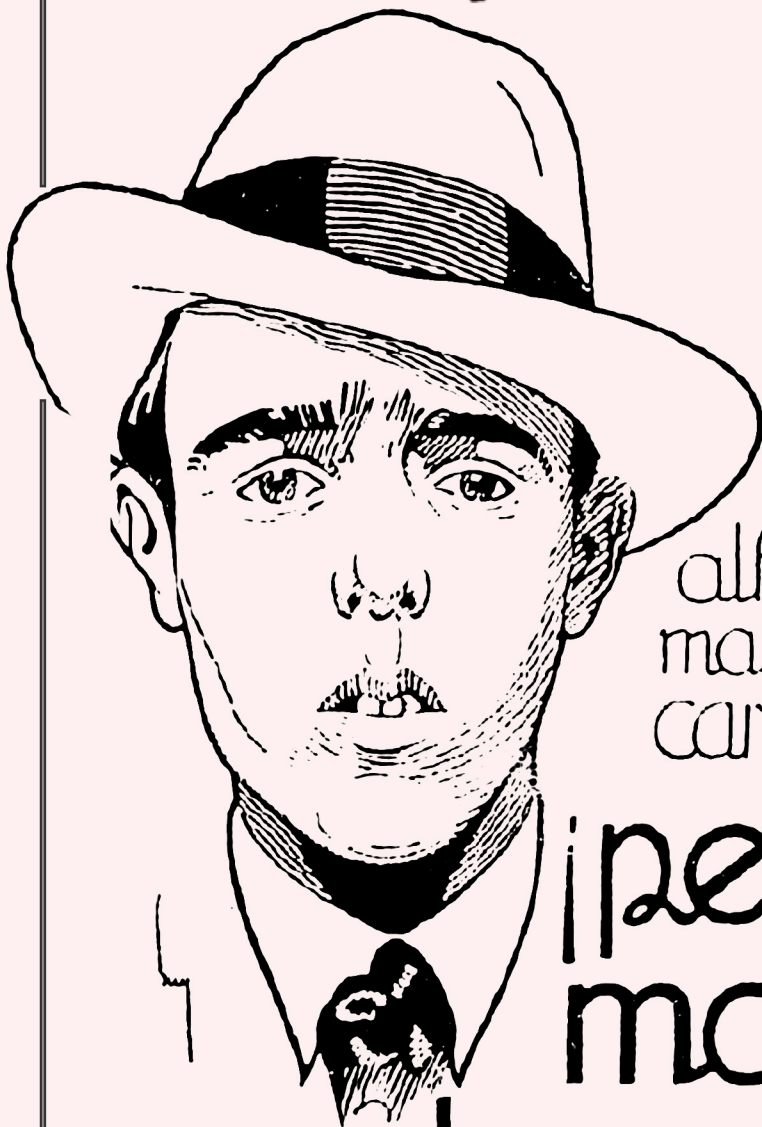
Este número de *La novela proletaria*, nos lleva al mundo de las tragedias mineras y de la usura inmobiliaria.

Reflejo de la época de su publicación, el pensamiento y la conciencia de clase, se transmiten de forma relativamente fácil, no estando bloqueados por la invasión totalitaria de las mentes por los medios de comunicación de financiación burguesa, como en la actualidad.

Durante la Segunda República española, una serie de colecciones de novelitas de kiosco, invadieron las calles; desde las obritas rosas de *La novela ideal* a la temática obrerista de *La novela proletaria* o la anticlerical de la *Biblioteca de los sin dios*.

Todas ellas fueron alimento de una conciencia antiburguesa que, dada su enorme difusión, las clases dominantes, hubieron de intentar su truncamiento con el golpe de 1936.

La novela proletaria



alfonso
martinez
carrasco

¡pero
mató
a un burqués!

Alfonso Martínez Carrasco

¡PERO MATÓ A UN BURGUÉS!

Ediciones Libertad

La novela proletaria nº 6

Portada: GUY

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

RETRATO LITERARIO DE CARRASCO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

RETRATO LITERARIO DE CARRASCO

Enjutas las carnes, enjuto el rostro, en donde están dibujadas las huellas siniestras del dolor, del implacable dolor que, cuando no encuentra carne en donde hacer presa, muerde los cerebros.

Martínez Carrasco es todo sensibilidad, lo que pudiéramos llamar el barómetro del sentimiento. El sentimiento se entretiene agitando furiosamente las conciencias propensas a él.

¡Pero mató a un burgués! es un relato –transcripción le llama el autor– en que se ve fielmente retratada la vida trágica de un obrero. En su prosa, el joven autor ha henchido con su brío literario la abultada injusticia. La rebeldía espiritual de Martínez Carrasco late en alteradas convulsiones, se detiene posando sobre el volumen de la infamia y vuelve otra vez a ser huracán contra el despotismo burgués.

¡Cuántas vidas como la que vais a conocer se deslizan en brazos de la sevicia de esta sociedad caduca! Y sobre estas

existencias trágicas basan sus derechos los burgueses, aliados en sus crímenes con todos los miembros podridos de la institución social consuetudinaria. Estado, Clero y hasta Dios, son cómplices en los crímenes cometidos al amparo de una sociedad que se dice cristiana.

La burguesía, Dios, he aquí los dos mitos, luctuosas máscaras, que el obrero tiene que extinguir para su redención, aunque en el hecho se confunda la sangre generosa del proletariado con el veneno de la burguesía. Muy caro cuesta la posesión de esta justicia social que todos anhelamos; mas, como no se paga con dinero sino con razones y derechos, y ahí el proletariado es más rico que en dinero, sus enemigos nos poseionaremos.

Martínez Carrasco ha sabido presentarnos un ejemplo viril para que nos sirva de ejemplo; nos lo presenta con arte singular y con el calor que emana de su noble corazón de niño, con el entusiasmo infantil que derrochara en sus juegos, que abandonó ayer.

En mucho podrán superar nuestros anteriores colaboradores al que hoy os presentamos; en experiencia, en cultura, todos le superan, pero en brio, no.

Aquí llega Martínez Carrasco. Oídlo; va a referir lo que vio, lo que él sólo pudo ver...

I

He aquí, lector, la transcripción exacta de una página del libro sublime de la Vida, de la vida mísera de un obrero; página en cuyo final está escrita una tragedia.

Cuando yo leía el libro grandioso de la Vida, lo hacía con los ojos del alma, que todo lo ven, hasta lo más borroso y oculto de las negras páginas.

La lectura intensa llegó a hacerme enloquecer. Sentí en mí la locura, que aún no me ha abandonado tras tantos años de asiduo leer.

¡Locura divina! Locura que embargó la mente de Colón; que se apoderó del cerebro grandioso de Cervantes; que se albergó en el pecho del Cid. Bárbara demencia que fue en los franceses cuando la revolución dantoniana; en el pueblo ruso, cuando mutilaba la vida asquerosa de sus tiranos. ¡Dichosa locura, que no cabe dentro de la moral de esta sociedad abominable!

¡Quiero estar loco, como Danton en los días versallescos, como Trotski en los años de la guerra, como Galán en los días sangrientos de Jaca!

Si no estuviera conmigo esta divina locura, ¿me hubiese sido posible leer tanto en el grandioso libro? ¡No! Sólo los locos pueden leer en él.

Lee, tú, lector, esta página que te presento, copiada tal y como la leí. Pero antes, haz que acuda a ti la locura proletaria que tanto horroriza a la burguesía canalla.

Perdóname si este relato va pobre de literatura y en él se vierten palabras poco académicas. Así lo exige la pureza de la transcripción de esta página.

II

En el predio de un monte bravo de Sierra–Morena, la mina «Isabela», hería con el puñal de sus pozos el cuerpo rocoso de la tierra. Cantando victoria en los bufidos de los pitos de sus máquinas mostraban la realidad de su canto ronco abrazando los matorrales del monte con los brazos que forman las hileras de casuchas en que habitan los mineros.

El trepidar incesante de la maquinaria roba el silencio a la sierra. Los pozos vomitan tierras, las tierras se deslizan, como por encanto, hacia las enormes planchas de los lavaderos de hierro; las trituradoras mastican ansiosas las piedras que ha vomitado el pozo. Toda una intensidad fabril de la que nacen millones y millones de pesetas, que habían creado todas aquellas máquinas, y, en mayor parte, aquellos brazos nervudos de centenares de trabajadores.

Los mineros viven en las tinieblas de los pozos, una hora tras otra, hasta las ocho de que consta la jornada, haciendo sangrar las venas de plomo de la mina. Empapados en el agua que continuamente cae de todas partes sobre sus cuerpos,

sudorosos— aun en los días más gélidos del invierno. Sus brazos, siempre en incesante maniobra, machacan las cabezas de las barrenas que sostienen otros compañeros. La muerte no se aparta de ellos. En las profundidades insalubres van desgastándose las vidas;

se destruyen los pulmones, se destrozan los pechos robustos, se agotan las energías. Un jornal mísero por tanta pérdida; unas monedas, que no alcanzan a cubrir las necesidades perentorias de la vida, poseen la virtud de hacer producir en salvaje explotación, a la tierra y al hombre, las riquezas que después han de derrochar los explotadores sin entrañas y sin conciencia: los patronos.

Fuera de la mina, en los talleres de limpieza y clasificación de los minerales, otros centenares de obreros corren suerte igual a la de los que se pudren en el fondo de los pozos. Estos no llegan a ganar ni la mitad de lo que perciben los mineros. Empujando penosamente pesadas vagonetas, caminan, cual bestias de carga, por la cresta de los interminables terreros que, cual serpientes, se estiran retorciéndose por las laderas de los montes. Un viaje y vuelta para otro; así toda la jornada, y después, como todos los obreros en general, volver a la noche al pueblo, que se halla a diez kilómetros de la mina, con la talega destripada pendiente del hombro. Después de la jornada, el caminar interminable.

De lo más inhumano que hay en la mina es la explotación de niños. Las infelices criaturas, que vinieron al mundo en brazos de la maldición, hijos de parias y parias por ley de esta sociedad cien veces maldita, no encuentran más felicidad que

el trabajo, cruel para ellos. Hasta los catorce años no pueden trabajar en las minas. Pero siempre hay en los hogares pobres unas necesidades imperiosas, que empujan a los padres hacia la casa del patrón, llevando de la diestra a un niño que, por su tierna edad, no es apto para la explotación. Y allí le ofrecen su cuerpecito al patrono miserable, que lo acepta sin reparo, contratándolo por menos que le costaría mantener a su «foxterrier», para luego destrozarlo e inutilizarlo, amarrado por toda su vida al esquilmo demoledor de la mina. Infinidad de niños que apenas tienen la edad reglamentaria para trabajar, criaturas a quienes llama la mina, «pasean» sobre sus débiles espaldas quintales de mojado plomo en espuestas de hierro, posadas sobre un «aparejo» –unas esteras viejas dobladas en forma de albarda–. Los niños son cargados despiadadamente, y ellos, con su natural inocencia, corren de un lado para otro en disputa de velocidad con sus compañeros, para ver cuál de ellos llega antes al montón de carga o descarga. ¡Horrible crimen! El agua que vierten las espuestas de hierro, llenas de plomo recién lavado, corre por las espaldas de estos niños, hombres antes que niños, y en su cuerpecito se levantan ampollas, que después la madre curará con el hisopo del vinagre.

Las minas son fuentes de vida y de felicidad para los explotadores, y pozos, tragedia y muerte para los explotados.

III

Tragábase la noche el cadáver del día. Y en su vientre inmenso, la Tierra se perdía en la oscuridad.

A la puerta de la casa del guarda de la mina «Isabela», un hombre como de cuarenta y cinco años dormitaba acariciado por la frescura de la noche veraniega. Sobre cada una de sus piernas había recostados dos niños, los hijos de aquel obrero, que después del duro trabajo aprovechaba el único vicio que le permitía su pobreza: el sueño tranquilo, junto a sus hijos, huérfanos de madre.

Un ronquido desesperado de la sirena del establecimiento minero se dejó oír estrepitoso. El ruido hizo despertar a los durmientes.

–¡Una desgracia! ¡Una desgracia! –gritaba enloquecido el guarda, mientras descendía velozmente, hacia el pozo de la mina.

Cuando llegó encontróse con una multitud de obreros que, apresurados, maniobraban para internarse en la «jaula» que había de bajarlos hasta las entrañas de la tierra, tan ingrata para ellos como productiva para los explotadores.

–¡Una docena más...! –musitó con tristeza un vejete vestido de «hatillo», que acababa de ser vomitado por la «jaula» en el preciso momento de la tragedia.

–¿Qué...? ¿qué? –preguntó ansioso el guarda.

–El turno de séptima... ¡está enterrado!

Andrés, el guarda –éste era su nombre– llevóse las manos a la cabeza, y, presa del espanto, dibujó en su rostro una mueca desesperada.

–¡Mi hijo! –pronunció, al fin. Quiso abalanzarse hacia la «jaula», que, en aquel instante, libre de los frenos, se perdía en la negrura infernal de la siniestra boca del pozo maldito. Efectuar su desesperado intento, le hubiera costado la vida: hubiese caído pozo abajo. El vejete tristón le contuvo.

Aquel hombre –Andrés, el guarda y obrero a la vez de la mina– acababa de ofrendar a la Tierra la vida preciosa de su hijo mayor, enterrado en aquellos instantes bajo macizos bloques de piedra y plomo en la séptima planta. Diez mineros más perdían también la existencia en aras de un deber sagrado.

¡Once cuerpos enterrados! Once héroes de la vida, más héroes que el que muere en los campos de batalla víctima de

una quimera bélica. Once mineros sucumbían heroicamente en la conquista penosa del duro pan de sus familiares.

IV

Un lujoso automóvil avanzaba veloz hacia la mina. Era el automóvil del patrón que negaba, enterado por teléfono de la catástrofe, que a él solo le costaría unos miles de pesetas, menos del valor de aquel soberbio coche en que viajaba.

–¡Se ha hundido la galería séptima! –vociferó un obrero. Despótico, el patrono respondió:

–¡Ya lo esperaba!

Lo esperaba; constábale que la galería iba a hundirse y no se preocupó de evitarlo. ¡Qué le importaban a él los once hombres que acababan de morir trágicamente!

–¡Me arruinaré! –bufaba el bestial explotador, y proseguía, plantado ante la cabria por donde se deslizaban, cual enormes serpientes, las interminables cuerdas metálicas que se iban perdiendo en el pozo–. ¡La planta más sana de la mina...!

Sus palabras descubrían su gran preocupación por el hundimiento y su desdén por las víctimas.

Aquella mina, emporio de riqueza de la Tierra de todos, constituía para él una fuente de oro y para los obreros una tragedia continua. Los filones enormes de plomo, que las entrañas generosas de la Tierra guardarán del esfuerzo del hombre; aquellos filones descubiertos por las manos callosas de los mineros, pertenecían a aquella bestia humana, que tan poco hizo por lograrlos. Para los obreros, la muerte; para él, la vida.

¿Cuál será el día feliz en que el que jadea buscando minerales metros y metros bajo las capas rocosas del planeta, encuentre la recompensa en su propio esfuerzo? ¡Día dichoso, en que el labrador, que con fe empuña el arado, encuentre su tesoro, ganado en las doradas espigas que sus manos tostadas por el sol hacen brotar como en cuentos de magia! ¡Día hermoso, en que mueran todos los parásitos, enormes vampiros, que absorben con ansia la sangre del obrero!, ¿cuándo llegará?

V

El guarda Andrés, que, víctima de un desmayo, no pudo percatarse de lo que había pasado, volvió al fin en sí, encontrándose sujeto por sus dos hijitos menores, ya noticiosos de la terrible desgracia en que había perecido su hermano –su «chache», como ellos le llamaban–. Las pobres criaturas, niños criados en el seno del trabajo, sollozaban junto al infeliz padre. Padre e hijos confundían sus lágrimas en común dolor.

He dicho que confundían sus lágrimas en común dolor: el único comunismo que nos impone a los pobres esta sociedad infame: el comunismo del dolor. Sólo las penas podemos repartirnos los desheredados. ¿Cuándo nos repartiremos la felicidad?

Los tres cuerpos, unidos en el sufrimiento, contemplaban, cual autómatas, el agitado ir y venir de los obreros. Inmóviles, oían el ruido infernal de las máquinas.

La «jaula» subía una y otra vez, internándose otras tantas. Siempre igual: ¡vacía! Ni aun los cadáveres eran devueltos por la Tierra.

De cuando en cuando el vozarrón bestial, que partía del belfo del patrono, se confundía con el ruido de las máquinas.

–¡Se pudrirán en el fondo, me apestarán la mina!
–expresaban los bufidos.

VI

La noche paría trabajosamente una mañana espléndida.

Aún no habían podido ser extraídos los cadáveres de los obreros, y aún proseguía mugiendo el amo. ¡Le iban a pudrir la mina!

Mostraba su carácter aquel malvado, delincuente común antes, hombre rústico y de entrañas negras como la Tierra, enriquecido a costa de los que se fueron acabando paulatinamente bajo la amenaza constante de los antellones o que se cortaron violentamente bajo el hundimiento; rico a costa de sangre proletaria, de sudores, de vidas...

Aquellos cuerpos enterrados eran el símbolo fatal del Capital. Aquel patrono animal representaba a la burguesía asquerosa. Y el ruido metálico de la maquinaria trepidante era el símbolo del Trabajo, recién acabado de hacer presa... Cuadro de fuertes rasgos, muy de nuestro siglo, de este siglo que va feneciendo a la vez que esta sociedad criminal que se nos ha impuesto.

VII

Mientras el patrón seguía pensando en sus riquezas amenazadas, el pobre padre lloraba bajo el techo de la modesta casuca de su guardería. Los pequeñuelos no se separaban de su lado, llorando sin consuelo por el mozo, fuerte como un roble, que murió entre peñones y tinieblas. El hijo perdido era la ayuda de la casa, el que compartía los trabajos para sacar adelante con decencia aquel hogar en donde faltaba la madre desde hacía muchos años.

Del abatimiento del padre desconsolado nació de repente la iracundia. Tendría que conformarse con la desgracia, y no, quería oponerse a lo irremediable.

Cual el huracán que naciera del tiempo plácido, sacudióse bruscamente de los pequeñuelos prendidos a su chaqueta, y apretando los puños con furia, hasta clavarse las uñas en la palma de la mano, se agitó frenético.

–¡No! ¡No! –gritó colérico. Y salió presuroso de la casucha. Otra vez descendió hacia la mina.

Seguía el patrón contemplando la faena de salvamento inútil, sentado en una butaca tosca, que se le había colocado junto al pozo.

Andrés llegóse a él, y con la fuerza de una catapulta, lanzó:

–¡Canalla! ¡Tú tienes la culpa; tú, que has ido consumiendo mis fuerzas, has consumido también la vida de mi hijo!

Hubieron de intervenir varios trabajadores para evitar que Andrés golpease al patrono. Este se revolvía insolente e indultaba. ¡Desgraciado, desagradecido! Treinta años dándote de comer, y ahora... Hubo de callarse, porque mal lo hubiera pasado de haber proseguido. Los obreros, contagiados de la desdicha del camarada, se indignaron al oír las frases del amo.

El motor del automóvil arrastró a la bestia dentro de la lujosa carrocería, con dirección a la ciudad próxima.

VIII

Dos días más tarde caminaba Andrés con sus dos hijitos, también hacia la ciudad, en pos de una cabalgadura que portaba a sus lomos el cadáver del hijo malogrado, que al fin vomitó la mina. Atrás se dejaba su pan y su vida. Delante, le esperaban el hambre y la muerte.

Con el cuerpo de su hijo le habían dado la baja. Ni hijo ni trabajo; ¡todo lo había perdido! El feroz patrón habíase ensañado.

En la mina quedaba también su salud. Día tras día, durante más de treinta años, se la había regalado a las entrañas de la Tierra. Por su generoso don obtuvo aquel pago.

La cabalgadura portadora del féretro caminaba perezosamente por el tortuoso camino de la sierra. De tiempo en tiempo, un lagarto se deslizaba veloz por entre los matorrales espesos. Sólo se oían los sollozos de los acompañantes, que eran tres: el padre y los dos pequeñuelos. Atrás, en la mina, quedaron los compañeros afanándose en

extraer los cuerpos de las restantes víctimas. Un borriquillo cansino seguía a los entristecidos, con el ajuar de la pobre casa deshecha al zarpazo de la fatalidad. Un perro los acompañaba, ajeno y feliz, desviándose algunas veces de la triste comitiva, cuando se lanzaba en persecución de los lagartos fugitivos.

¡Terrible herencia la de aquel pobre! Como la de todos los proletarios. Después de haber cedido la vitalidad al trabajo de que se lucran otros, encuentran la miseria y la muerte. Cuando ya no sirven para romperse el alma trabajando, se les trata peor que a los caballos de los picadores. ¡Mucho peor! A los pencos se les proporciona una muerte pronta, aunque cruenta, que no ven venir; mas, a los obreros «desechados», ni aun eso. Tienen que vivir con su miseria y con su impotencia el terrible epílogo de su drama.

Pero mientras nos queda vida y tenemos algún vigor, es preciso que la aprovechemos para acabar con nuestros asesinos. Antes de acabarnos poco a poco, debemos tener el valor de morir de una vez... ¿No acomete el animal moribundo aun en los instantes últimos? ¿No muerde la serpiente cuando la pisamos? Pues nosotros también debemos morder cuando se nos mata. Morir con los dientes ensangrentados y la boca llena de carne de nuestros verdugos, es de valientes.

¡Mordamos!

Aunque nos manchemos la boca al clavar la dentadura en la asquerosa carne de los tiranos.

IX

Ha transcurrido algún tiempo.

Encontramos a Andrés habitando una pobre alcoba en la ciudad.

Es llegado el invierno implacable.

Rodeando un pequeño brasero, él y sus hijos comen con fruición un trozo de pan, que da señales de haber visto alguna vez el aceite. Mientras comen se hacen la ilusión de que aquel brasero presta calor a sus cuerpos, faltos de él y de alimento.

El pobre obrero, que otras veces dio ruido por su corpulencia y robustez, no es ahora más que una piltrafa. Enfermo, sin fuerzas y sin facilidad para ganar el sustento.

Ha crecido el hijito. Dice que ya es un hombre para trabajar en la mina como su «chache» y ganar para pan. Se llama Adolfo y es listo como un demonio.

La niña sabe fregar ya los tres únicos platos que hay en la casa y los deja relucientes. Como su hermano, quiere ser útil. Cuece higos para que su padre los tome como medicina, con intención de curarle la tos, una tos que no se curará jamás.

El padre, viejo doliente, se pasa los días en el seno de su miseria moliendo ideas y más ideas. Los hijos sueñan con poder trabajar. ¡Divino sueño de los niños pobres! ¡Los niños ricos suelen soñar con no trabajar nunca!

Todos los días son iguales para aquella familia desgraciada. Todos van pasando por ellos pesadamente, terriblemente. Los días se acumulan en semanas y las semanas en meses.

La vida de éstos va adquiriendo la oscuridad siniestra de las ocultas existencias que la miseria absorbe.

El infeliz padre se aterraba ante la continua presencia del hambre en su hogar. El hambre, gran introductora de desgracias, dió la mano a la fatalidad, y un día entraron juntas, para escribir en aquel nido desvalijado una terrible tragedia.

X

La alcoba que habitaba Andrés con sus hijos pertenecía a una casa de cierto usurero con visos de beato.

Ya iba para cinco meses que el alquiler no era pagado. La deuda con el casero rebasaba la cantidad que cuesta cenar en el «Ritz», pero no llegaba a lo que pagaría diariamente un rico.

El casero (hombre enriquecido en la venta de hierros durante los años de la gran guerra y con la ayuda de la hermosura de su mujer; sí, porque aquel avaro era, además, de Colmenarejo), no estaba dispuesto a albergar en sus casas, en las casas que logró poseer a costa de su usura y de su mujer, a «vagos», como él decía.

Muchas veces había repetido a su probo administrador:

–¡De «bóbilis» no vivirá nadie en mis fincas! ¡Al raso duermen los gitanos y son de carne!

Y el celoso administrador hacía lo posible por cumplir al pie de la letra lo que el amo le dijera.

Sepamos también qué clase de hombre era éste.

Desde muy joven estaba al servicio del usurero. Sus méritos le valieron el ascenso tardío a administrador general de las propiedades de D. Raimundo Castellano y López. Bien podríamos decir quién era afirmando que pertenecía a esa casta de hombres aborrecibles que, cual sapos, pueblan las aguas estancadas y malolientes de la sociedad. Por catorce reales era más esclavo que un negro. Y a buen seguro hubiese consentido que su mujer hiciera lo que la de su amo hacía. Pero no quiso la suerte ofrecerle tal tesoro.

Dejémonos de pintar tipos odiosos, que causan repugnancia, y sigamos los pasos del administrador, encaminados al hogar de Andrés.

¡Pon! ¡Pon! Dos manazas a la vez machacaron la puerta de la alcoba que iba a ser desahuciada.

–¡Adelante!, invitó Andrés sin poderse levantar de su asiento.

En tal momento faltaba Adolfo, que había ido a vender un saquito de carbonilla, rebuscada en las vías. Estaban Andrés y su hija.

–Traigo orden de sacar los «trastos» a la calle si no me paga estos cinco recibos –reclamó el administrador, alargando unos papeles a Andrés, que hubo de hacer un gran esfuerzo para cogerlos.

–Ahora mismo no puedo; estoy esperando a mi hijo para ver si trae algún dinero; dígame usted a D. Raimundo que el próximo mes se lo pagaré.

–No; no puede ser; bastante tiempo ha vivido usted gratis
–rebuznó el administrador celoso.

Y sin decir más, cogió una roñosa mesa de camilla, que como objeto de valor amueblaba la alcoba.

–¡Pero...! –musitó a medias Andrés.

–¡Nada! Todo irá a la calle.

Ignoro lo que leería el administrador en el gesto del infeliz. Lo cierto es que salió refunfuñando, sin perpetrar su maldad.

Pasados unos minutos, volvieron a llamar a la puerta de la alcoba. Esta vez era el casero en persona, que iba dispuesto a efectuar lo que su criado no habíase atrevido a poner en obra.

–¿Creéis que mis casas son para que vivan tramposos?
–preguntó irascible el casero. –¿Qué harías tú si te debieran cinco meses y no vieras esperanza de cobrar?

–Yo...

–Lo que voy a hacer yo ahora mismo: tirar los muebles por la ventana.

Las súplicas del pobre obrero fueron inútiles. El Corazón de aquel avaro era berroqueño, ni un rayo lo hubiera partido. Uno

de esos corazones, tan abundantes en número, que con gran placer algún día echaremos a las fieras del Retiro que tengan buena dentadura.

Aquel usurero infame, que no se había inmutado cuando su mujer conseguía pedidos de hierro firmándolos ante sus narices con la rúbrica que marcaran los labios femeninos en la boca de los compradores, tenía suficiente tesón para mostrarse impasible ante las lágrimas de un obrero impedido para el trabajo.

Ni corto ni perezoso cogió el mismo mueble que su doméstico, con intención de arrojarlo por la ventana.

El hecho no llegó a consumarse.

Andrés, que más que hombre parecía un cadáver, sin ánimos y sin fuerza, irguióse airado, loco. De su flaqueza nació en aquel instante la fuerza de un Goliat; de su desánimo, surgió el huracán furioso, y antes de que el casero pudiese lanzar el mueble, se abalanzó a él y cogiéndolo por el cuello, lo arrastró al camastro de uno de sus hijos. Aquellas manos, cual hojas lacias, se agarrotaron al cuello de la presa y apretaron, apretaron...

La niña, aterrada, gritó:

—¿Qué has hecho, padre?

—¡Matarlo!

Y efectivamente, sobre la manta negruzca perdíase el cuerpo inmundo del casero: fuera los ojos de las órbitas, dibujado en el rostro el último gesto del terror, babeaba sangre.

-¡Ya está muerto!

Y, contemplando su hecho viril, clamó Andrés:

-Mira hija mía cómo mueren las bestias. Uno menos... hasta que se acaben todos

Y ya loco vociferaba.

-¡Qué gusto apretar la garganta de un bandido! ¡Qué gusto...!

La noche escribía el epílogo de la tragedia. ¡Siempre la noche! La muerte de aquella mala bestia quedaba inscrita en el libro del ejemplo. El instante de virilidad justiciera de Andrés era el sello de su vida ingrata.

Bien muerto. Así se cortan las malas hierbas.

XI

Pasado algún tiempo.

Vibraba yo en Madrid al impulso de la vida inquieta. Cuando la tragedia presente, era yo un niño.

Ahora era ya un hombre. Los años se habían llevado las ilusiones de mi niñez y me dejaron cargado de problemas, naturales y de neurastenia. Acababa de entrar bruscamente en la categoría de hombre.

Una tarde, día en que yo descansaba y leía a la vez, sentado en lo que mi patrona denomina una cama, me llamó una muchachuela de mi vecino:

–Carrasco, un joven pregunta por usted.

–Que pase.

Era nada menos que Adolfo. El hijo del obrero que supo hacer justicia por sí mismo.

–¡Pero estás hecho un hombre!

-Sí; en cuatro años he crecido mucho.

-Bueno, cuéntame: ¿qué te trae por aquí? ¿Y tu padre?

-Mi padre... ¡Murió en la cárcel!

Aquel muchachote de porte simpático, andaluz y castellano a la vez, me contó sus cuitas. Del rapazuelo que jugara conmigo al «cangreje» había nacido todo un escritor. Me dijo que pasaba mucha hambre y me pidió que le recomendara.

En nuestra charla, yo me atreví a decirle:

-Lo que hizo tu padre fue la desgracia para vosotros. fue el desamparo frente a la vida, el porvenir oscuro.

Y me respondió con el orgullo de un romano:

-¡Pero mató a un burgués!

No pude por menos de emocionarme. Mi patrona me vino a sacar del asombro en que habíanme sumido las palabras de mi estoico amigo.

-Adolfo, traen una factura de la imprenta. ¿Qué digo?

-Que me he muerto.

Seguimos charlando.

Cuando me quedé sólo pensaba, ¡bravo muchacho! Es todo un hombre como su padre.

Ríete, lector, del heroísmo de un soldado, de un torero, de un luchador: héroe lo fue Andrés. Su heroísmo, de verdad. Héros lo son, quienes, como él, saben y quieren matar alimañas.